

Lección 2

NOÉ, EL DILUVIO Y LA TORRE DE BABEL

Primera Parte

Noé y el diluvio

Noé: Yo soy una persona de la cual el Nuevo Testamento habla brevemente, pero lo hace de una manera que me hace sentir importante. Me llama un “pregonero de justicia” (2 Pedro 2.5) y el autor de la epístola a los Hebreos me incluye en la lista de aquellos que confiaron en la palabra de Dios, de aquellos que tuvieron fe. Yo soy Noé, y cuando nací, mi padre, Lamec, me nombró así porque esperaba un “descanso” o “consuelo.” Y es que la vida se había vuelto muy difícil cuando yo nací. Parecía que la tierra no producía los frutos esperados a causa de una parte del castigo divino a la humanidad. La gente trabajaba duramente. Mi progenitor ansiaba un alivio, un descanso. Y pensó que yo se lo daría. Aquellas palabras de mi padre resuenan como una especie de “esperanza mesiánica.” Para mis contemporáneos, el anhelo de mi padre no significó nada. Es más, por la conducta que exhibí más tarde en la vida es muy probable que me hayan considerado un lunático.

Déjenme explicarles por qué.

Primero, la Biblia no dice prácticamente nada sobre mi niñez y juventud. Sólo dice que tuve hermanos y hermanas. ¡Qué curioso! Cuando vuelve a hablar de mí, dice que yo ya era un hombre hecho y derecho y que estaba casado. Pero ni siquiera menciona el nombre de mi esposa. Eso no quiere decir que yo no la amaba. Ella y yo tuvimos tres hijos varones. Los nombramos Sem, Cam y Jafet.

El diluvio

Los años en que vivimos como familia fueron muy difíciles. La maldad, la corrupción y la violencia de los hombres, de todos los hombres por igual, había alcanzado una magnitud gigantesca. Con decirles que tanta maldad causó que Dios se arrepintiera de haber creado a la humanidad. Como consecuencia de la violencia humana, Dios un día se propuso eliminar toda vida que respiraba sobre la faz de la tierra. En contraste con la conducta y la insulsa arrogancia o petulancia de superioridad de absolutamente todos los hombres, Dios, en un acto que sólo él caviló, me escogió a mí para revelar su plan de aniquilar toda vida humana y animal.

Debo afirmar que la elección de Dios de mi persona no significa que yo fuera muy bueno o piadoso y exento de cualquier pecado, ni que mis obras o propios méritos me hayan ganado el favor de Dios (Cf. 6.8-9; 7.1 y 9.21). Yo sólo veo mi elección como un acto soberano de Dios. A él le plugo, le agradó revelar su voluntad en mí. Yo les invito a que ustedes noten cómo en la Biblia se presenta a Dios tomando toda la iniciativa de comunicarse conmigo. Es él quien inicia un monólogo conmigo. Yo sólo escucho pasivamente (6.13-21).

Dios, sin embargo, me dio la fe para confiar en él. Supe que él tenía un plan que todavía no alcanzaba a descifrar cabalmente. Pero me hizo confiar que al final sólo él podía rescatarme a mí,

a mi esposa, a mis hijos y a las esposas de éstos. También puso en mi corazón el obedecerle al pie de la letra cuando me dio instrucciones específicas — continuando con su monólogo— para construir una gran nave, el arca. Nadie antes había visto semejante dimensión en una nave. Ni yo mismo podía cabalmente entender para qué serviría aquella inmensa nave a pesar de que Dios me había revelado que mandaría un diluvio de aguas a fin de destruir toda criatura. Pero, repito, Dios puso en mí una confianza ciega en que él me rescataría al grado de que me reveló que él establecería un pacto conmigo que redundaría en el bien de mis seres queridos, aún cuando no especificó al principio en qué consistiría su pacto. Después que le hube obedecido y al haber terminado de construir el arca, un día me dijo que empezara a llenarla con parejas de todo tipo de animales. Debo confesarles que la idea no la entendía cabalmente. ¡Imagínenme tratando de explicar mis actos a la gente! ¿Para qué quería yo todos esos animales? ¿Y cómo me las arreglaría para almacenar y alimentar con los alimentos apropiados a cada animal? ¡Imagínense los apuros por los que pasé para lograr la captura de todo tipo de animal! Me pasé un buen tiempo únicamente construyendo el arca y después reuniendo los animales y sus alimentos, acomodándolos lo más diligentemente posible y almacenando todo lo indispensable para pasar una buena temporada dentro del arca. Sí, consumí mucho tiempo haciendo todo esto.

¿Verdad que hay mucho material para que la gente me considerara un auténtico lunático?

Pero a pesar de que la gente me juzgó de lunático, Dios puso en mi corazón la fuerza para ejecutar todo lo que él me mandó. Una vez que terminé mis tareas, Dios mismo me ordenó que entrara en el arca en unión con mi familia. De nuevo, Dios puso en mi corazón una absoluta confianza en él para obedecerle al pie de la letra. Siguiendo su orden me introduje en el arca, yo y mi familia. Mi familia era mi esposa, mis tres hijos, Sem, Cam y Jafet y sus esposas. En total fuimos ocho personas las que entramos en el arca. Ya estando dentro, Dios mismo nos cerró la puerta.

No sabía con exactitud el tiempo que pasaríamos dentro del arca. Sólo sabía que Dios me había dicho que haría llover mucho. Cuando llegó la hora dispuesta por Dios, los ocho de nosotros y todos los animales ya nos encontrábamos debidamente instalados dentro del arca. A su debido tiempo, empezó a llover a cántaros ininterrumpidamente por días enteros, por muchos y largos días. El nivel de las aguas empezó a crecer y crecer. Llegó un momento en que sentimos que el arca empezó a flotar al nivel del agua. Pasaron los días. Y nosotros adentro sólo sentíamos que paulatinamente el nivel de las aguas crecía. Ninguno de nosotros sufrió ningún daño. Estábamos bien protegidos.

Nos pasamos el tiempo cuidando y alimentando a los animales dentro del arca. Hubo mucho trabajo tan solo haciendo esto. Pasaron los días así, y aún seguía lloviendo. Finalmente de súbito dejó de llover. Sentimos que la barca era apaciblemente llevada por el viento y las aguas. No teníamos sentido de la orientación. Yo no era marinero. Sentimos un silencio alrededor del arca que no nos dejó sospecha alguna que todo vestigio de vida había desaparecido bajo las aguas.

Mientras tanto nos ocupamos de nuestras actividades dentro del arca, las cuales, por cierto, para entonces ya nos habían creado cierta rutina. Los días continuaron su marcha. Los ocho de nosotros sospechamos que el nivel de las aguas empezaba gradualmente a perder altura. Llegó finalmente el día en que el arca dejó de menearse al empezar a reposarse lenta pero seguramente

en tierra firme.

No sabíamos dónde nos encontrábamos. Un día tomé del arca un ave. La traje conmigo a la ventana, y la solté. Yo sabía que el ave al volar tendría que ver desde las alturas un lugar seco, y con toda seguridad se dirigiría a ese lugar para descansar. El primer día regresó al arca. Me bastó extender el brazo para que el ave cansada reposara inmediatamente en mi mano. Su regreso me indicó que aún no había encontrado ni lugar seguro ni alimentos. Una semana pasó, y repetí aquella operación. Esta vez la paloma retornó con una hoja de olivo en el pico. Entendí que las aguas estaban dejando al descubierto la superficie de la tierra. Después de una semana volví a soltar la paloma. Si volvía, era una indicación de que todavía debía esperar más días dentro del arca. Pero si no volvía, sería entonces una clara señal de que ya era seguro salir del arca. Cuando la paloma no volvió, me llené de gozo.

Entonces, con mis hijos empecé a descubrir la cubierta del arca. Una vez quitada la cubierta, mis hijos y yo vimos claramente la superficie de la tierra. Las aguas habían desaparecido. Había tierra seca. Dios me confirmó lo que veía cuando me ordenó salir del arca junto con mi familia y me dijo que sacara a todos los animales del arca con el fin de que éstos volvieran a reiniciar la vida del planeta. Él daría una nueva oportunidad a su creación. Yo, obediente, terminé mi tarea, la cual hice con orden.

Inmediatamente que me vi libre, procedí a hacer preparativos para reconocer y agradecer que Dios era mi creador y mi protector. Así quise responder al favor que Dios había mostrado hacia a mí y mi familia. Por eso, esmeradamente construí un altar a Dios para rendir una acción de gracias. Tomé ciertos animales y los sacrificué, quemándolos totalmente en el altar en su honor. Dios se conmovió gratamente al darse cuenta de mi adoración, y la aceptó. Estableció, entonces, una promesa —así son las respuestas de misericordia de Dios— la cual consistió en que él jamás repetiría la forma del castigo que había aplicado a la tierra y a sus criaturas días antes. Les invito a aquilatar esta promesa divina, pues se hizo tomando en mucha consideración que el corazón de los hombres es “malo desde su juventud” (8.21). A propósito, esta promesa se sigue viviendo día tras día, estación tras estación, año tras año.

Acto seguido, Dios —continuando con su monólogo— repitió algo que ya había dicho anteriormente a Adán y Eva. Esta es una nueva oportunidad que se da gracias a un amor muy especial que Dios tiene hacia sus criaturas. Noten ustedes que él fue quien tuvo la iniciativa. Él estuvo actuando con su gracia. Yo sólo fui objeto o receptor de su amor. Él ordenó. Yo no puse condiciones. Él me capacitó para desempeñar mi tarea y misión en la vida, yo no exigí porque simplemente no estaba en condiciones de hacerlo. ¿Quién fui yo sino solo una criatura de Dios?

Él me encomendó los animales como a Adán. Pero ahora hubo una diferencia marcada. Ahora me proveyó de una nueva dieta. Yo tenía una mayordomía que cumplir para mi Dios. Y ésta, a propósito, ha sido delegada a todos los seres humanos.

Tengo que destacar que dentro del nuevo orden de cosas también Dios me dio una prohibición, como se la dio a Adán y Eva en el Edén. Yo también tuve límites que Dios me trazó. Me prohibió ingerir sangre. Me dio una advertencia en caso de que desobedeciera (v.6).

Estando claras las cuentas, Dios me informó más de su pacto conmigo en representación de las criaturas suyas. Esto es lo que se considera un pacto universal, porque es aplicable a toda criatura de Dios sin excepción. Su pacto consistió básicamente en dos elementos. Primero, su promesa de no volver a aniquilar la vida de sus criaturas en forma idéntica al diluvio. Segundo, él concedió una señal visible de su promesa: el arco iris (vv. 14-17).

Para terminar de platicarles mi vida después del diluvio, debo decirles que me pasé mi vida siendo mayordomo de la creación. Me dediqué a labrar la tierra. Permanecí siendo un descendiente de Adán y Eva en el sentido de que mi relación con Dios no fue perfecta de mi parte. La Biblia cuenta de una experiencia que me pasó que comprueba mi tendencia a rebelarme contra Dios. Mi rebeldía consistió en abusar de lo que Dios me proveyó. Mi abuso se ejemplifica en la embriaguez que viví un día, con la penosa consecuencia de que acabé maldiciendo a uno de mis hijos.

No obstante mis defectos, Dios cumplió con su pacto. No me eliminó ni a mí ni a mis hijos de sobre la faz de la tierra. Tan grande es su amor que permitió la repoblación de la tierra por medio de los tres matrimonios de mis hijos. Dios me bendijo ciertamente por el resto de mi vida. Se mantuvo fiel a su pacto hasta que sobrevino mi muerte. Su fidelidad, como la Biblia proclama por doquier, se mantiene hoy día. De eso no me cabe la menor duda.

Segunda Parte

La torre de Babel

Mujer: Hasta aquí los que han hablado son hombres. Es hora de que aparezca una dama. Yo voy a hablarles del destacado evento de la torre de Babel. Como ya Noé nos presentó en su historia, sus hijos fueron los responsables de repoblar la tierra. Pasaron muchas generaciones y la tierra se fue poblando más y más con cada generación. La raza humana continuaba siendo imperfecta. Aunque los más cercanos descendientes de los hijos de Noé fueron informados acerca de Dios y de su protección hacia sus padres, ellos poco a poco empezaron a mostrar una tendencia singular a rebelarse contra Dios. Desde luego, Dios sabía que la naturaleza de los hombres era *“mala desde su juventud.”* Sin embargo, todos los seres humanos mantenían la herencia de tener un conocimiento natural de Dios. Antes de que creciera desmesuradamente el número de los seres humanos, éstos gozaban de una unidad mayor de la que existe en nuestro tiempo. Las divisiones entre los hombres no eran tan marcadas. Por ejemplo, todos se consideraban prácticamente de una sola raza. Todos podían comunicarse en una sola lengua. Las naciones no estaban tan divididas, y compartían otras cosas por igual.

Pero llegó un momento en que la raza humana empezó a sentirse segura y poderosa de sí misma. Parecía que todos pensaban que unidos harían mayor fuerza y lograrían mayores proezas. Entre más seguros de sí mismos se sentían, más se alejaban de Dios. Pronto se dejaron llevar por la, ya no novedosa, estrategia del enemigo de Dios y engañador de los hombres. Se llegó a un momento en la historia, no sabemos exactamente cuándo, en que abiertamente pensaron desafiar a Dios mostrando una supuesta equivalencia humana al poder de Dios. Era tal la jactancia de la capacidad de la raza humana que se creyeron dispuestos a buscarse un “nombre.” Los hombres se creyeron capaces de competir contra el poder y la capacidad de Dios. Y cavilaron un plan para hacer frente a Dios. Acordaron construir una ciudad y una torre. El orgullo a la capacidad

humana se expresó con la siguiente fórmula: “Busquemos una manera en que las generaciones venideras nos puedan recordar y reconocer nuestro poder.” En esta fórmula la verdad era que se desplazaba a Dios de la vida humana. Ésta es una idea que desde la caída de Adán y Eva se ha venido repitiendo en cada ser humano.

En nuestro repaso del evento conocido como la torre de Babel debemos decir que estaba en juego la construcción de un reino humano que se opusiera, y finalmente reemplazara, al reino de Dios. Esta era una abierta declaración de que al hombre no le hacía falta la ayuda y asistencia divina para mantener la vida. La fe en Dios había sido sepultada, y en su lugar se había levantado un orgullo colectivo tan poderoso como quizás pocas veces ha existido entre los hombres.

Para dar una lección a los hombres de que Dios mantenía su poderío muy por encima al poderío insensato y colectivo de los hombres, él decide simplemente crear una división entre los hombres, división que se refleja en la desaparición de la comunicación oral mediante una sola lengua. Esta confusión en la comunicación creó un problema tan agudo en el hombre que éste abandona el proyecto de construcción de la torre de Babel. Es a partir de ese entonces que los hombres han perdido la unidad de presentar un solo bloque de poder para hacer frente a Dios abiertamente. Noten ustedes con qué facilidad Dios destruye los pensamientos orgullosos de los hombres. Ahora ellos mantienen, como nosotros hoy día, una desunión que se expresa en la diversidad de lenguas, las distintas naciones dispersas geográficamente, y rasgos culturales propios a cada grupo humano. Esto es una desunión real para los hombres y para sus intenciones de lograr objetivos y metas comunes, precisamente como aquéllas de la torre de Babel.

Hay que informar aquí lo que algunos estudios han dado a conocer en cuanto a ciertas sutilezas relacionadas con el nombre “Babel.” Puede, básicamente, estar conectado con la idea de la creación de “una puerta a Dios” o “una puerta de Dios.” Otra idea que se discute es la similitud del nombre con la raíz del verbo hebreo para “embrollar” o “confundir.” La idea, se dice, ante el intento de edificar la torre de Babel es que Dios de ahora en adelante aniquilaría el orgullo humano al diversificarle su comunicación oral. O para decirlo de otra manera, el orgullo colectivo para semejantes empresas terminaría siendo hecho pedazos por Dios. Así Dios no dejaba duda que en realidad todo intento grandioso, unido o desunido, del hombre jamás significará realmente un verdadero “desafío” al poder inmenso de él, aunque el hombre siga pensando insensatamente en desplazar y despojar a Dios de ese poder que sólo es suyo.